

CAPÍTULO 12. EL TÚNEL DE LA DEGRADACIÓN, LOS HÁBITOS HACEN AL MONJE.



El banquero se quedó mirando a su interlocutor un largo rato antes de poder reconocer a su viejo amigo en esa caótica figura.

-En verdad es usted, señor Müller. El alcalde me dijo que usted andaba por aquí metido en ciertos apuros increíbles, y me vine para acá, a fin de ponerme a su disposición. Pero qué aspecto el suyo. Casi lo confundo con uno de los parroquianos de la prisión.

-¿No es cierto? La vestidura es engañosa. Pero por favor, no me llame Müller. Viajo de incógnito. Me llamo Mundete, Tomás Mundete.

-Pero acláreme...

-Luego, luego, querido amigo. Por lo pronto, lléveme con el sastre más cercano. Vea usted cómo lo necesito. -Entonces jaló al pequeño Niedlich y se subieron al coche, que estaba estacionado en la puerta.

-Vea -comenzó a decir cuando se pusieron en marcha-, vea usted esta manga. Le aclara a usted todo.

El banquero, que tenía por naturaleza unos ojos saltones, como si se estuviera siempre admirando de su propia existencia, miraba fijamente y atontado el hilacho de franela que le enseñaba el otro.

Tomás estalló en una recia carcajada con esa mirada. -Es un signo divino, querido amigo, créalo o no. ¿No reconoce usted el profundo significado? ¿No ve usted cómo habla a través del hoyo de la manga?: el que se esfuerce por lo noble y elevado, que arroje lo que lo obstaculice, aunque sea la última prenda que posea. Yo seguí el llamado. Me reclama una gran misión y para llevarla a cabo tuve que irme de mi casa y dejar todo tras de mí: ropa, dinero y hasta el nombre. Sobre todo el nombre.

Niedlich se expresó poco a poco. -¡Oh, ya entiendo! -dijo-. Usted está haciendo estudios sobre la vida, quiere reunir experiencias en los círculos de criminales. Es por demás interesante, yo no sabía que usted se ocupaba de tan importante labor.

-Muy correcta no es su suposición. Mis intenciones son mucho mayores, sí, puedo decir que me he fijado la meta más alta que el ser humano puede imaginarse. No es fácil explicárselo en dos palabras. Mire usted, la cosa es así: según mi opinión, se pone a la gente en el mundo como el retoño de un árbol, que empuja sus raíces por todas partes en las profundidades de la tierra y se propaga con ramas y ramos. He descuidado bastante este destino, como siempre sucede con la mayoría de las gentes; me he convertido, en cierto modo, en un árbol torcido, que expande sus savias y fuerzas en una sola dirección. Sin duda, usted ha visto a un niño recién nacido.

El señor Niedlich sonrió. -Nuestro tercer hijo está en camino -dijo-. Si usted quisiera hacernos la amabilidad de comer una cucharada de sopa con nosotros...

-No, no, muchísimas gracias. No tengo tiempo para comer sopa, o mejor dicho, no estoy libre, debo seguir mis caminos, hacia adelante tan pronto como sea posible, hacia adelante.

-¡Qué lástima! Con gusto le hubiera mostrado a mis niños. Salchen es una niña tan linda. Cuando está conmigo, enseguida agarra mi sombrero, se lo pone delante de la boca y grita números dentro de él, verdaderos números y, luego, se dedica a escuchar. Lo llama el juego del teléfono. ¡Y el chico! Tiene apenas dos años y medio. Es un genio. Imagínese, distingue perfectamente entre plata y oro. No, un momento... -detuvo con el brazo al impaciente Tomás, como para impedir que hablara-. Está consciente de su valor. Hace poco decía: Papá, cuando la tomo, la leche es plateada y, luego, yo la hago oro -el banquero cruzó las

piernas y vio a su amigo con aire desafiante.

Éste prorrumpió con prontitud: -Bueno, un niño, un niño. Al nacer no puede ver ni oír, ni habla ni camina. Pero tiene ojos, oídos, piernas y boca. ¿Por qué la naturaleza le dio todo eso de un mismo golpe? Es un requerimiento para que se eduque, para que se esfuerce. El hombre debe aprender a usar lo que tiene, así estará completo. Sin embargo, ¿qué es lo que han visto mis ojos todo el tiempo que he vivido? Letras y libros. Mi boca ha dicho cosas fútiles, como mis oídos han escuchado cosas fútiles. Mis pies no me han llevado a la vida, como hubieran debido hacerlo. Durante una generación he estado en tinieblas, he desperdiciado una vida como un demente. Eso es una locura. Yo estaba loco. Pero ahora todo me parece claro. Es como si viera mi cuna frente a mí y, allí, a mi propio y pequeño vivo retrato, el lactante del que yo crecí, que es el padre de mi ser. Y como el hijo perdido quisiera arrodillarme ante este cuadro e implorar: perdóname, he pecado ante ti, he despilfarrado lo que tú me diste.

El banquero estaba poco satisfecho. Estas fantasías no tenían nada que ver con los felices sueños a que lo habían trasladado los recuerdos de la habilidad financiera de su hijo. Se sentía incómodo, y cuando el bueno de Tomás se autonombró como un loco, asintió él con el movimiento de cabeza con el que acompañaba todas las observaciones correctas. Se asustó de este movimiento, pues así su mirada cayó sobre la manga, a través de la cual Tomás había ido metiendo su brazo lenta y festivamente. El hombrecillo se agazapó en una esquina del coche y movía los ojos convulsivamente, para poder vigilar por sobre su saliente nariz, sin ver visto, los extraños preparativos del vecino.

-Me presenté al padre del hijo perdido como hombre viejo -dijo con timidez.

En ese momento, Tomás había sacado la mano por el hoyo de la manga y había dado un golpe en el aire como si quisiera agarrar a alguien por el gaznate. Entre tanto, veía al banquero en forma tan rara, con las cejas muy bajas, que éste de puro miedo se sujetó los bolsillos.

-Todo es simbólico, querido amigo, todo. El padre del hijo pródigo, un símbolo; el niño en pañales y esta manga, un símbolo de mi vida. ¿Comprende usted? Así quiero caminar a través de la oscuridad del mundo, como lo hace mi mano por el sucio túnel de esta ropa de criminal. ¡Oh, este criminal, todo lo que me enseñó! Uno tiene que pescar la oportunidad, sí, pero uno también tiene que atraerla con halagos. Vea usted, esta manga fue descosida con anterioridad. Puede usted apreciar todavía las huellas de las cortadas. Al zafarse él con un tirón, sus guardianes se quedaron con las mangas en las manos. El tipo no se hubiera podido escapar, si él no hubiera desgarrado su ropa desde antes. De la misma manera, yo he limado, cortado y dispersado todos los lazos que me ataban a mi pasado y, ahora, festejo la libertad, que me hará perfecto. Sólo que aún no veo el camino. Está escrito que el que se humille, será ensalzado. Yo me he humillado, pero todavía no he sido ensalzado.

El señor Niedlich extendió afectadamente las manos: -Dios de justicia, no blasfeme usted, soy un creyente cristiano.

Tomás se sobresaltó. -Está escrito -gritó amenazadoramente- y yo voy a ver si es verdad. Por lo pronto falló. Aún no estoy completo. Tal vez es la alegría la que me eleva, placer mayor que la pesadumbre. Y alabo la suerte que lo condujo en mi camino, justamente cuando necesitaba dinero.

El banquero apretó la pelota de goma, con la que acostumbraba dar al cochero la señal para detenerse. -¿Cuánto necesita? -preguntó y abrió la portezuela.

Tomás sacó la cabeza por la ventanilla del coche. Un repartidor de telégrafos pasaba por ahí, y el recuerdo de Ágata le cruzó por la cabeza. -Debo irme.

-Tiene usted razón. -Niedlich lo empujaba para que diera el paso hacia afuera-. Aquí hay dinero -sacó de su portafolios algunos billetes y se los dio a su amigo, que cada vez se le hacía más inquietante. También él vio pasar al mensajero y mientras sacaba con rapidez al extraño huésped del coche, gritó-: Tengo que ir al correo, quiero telegrafiarle a su hermana -y, luego, al cochero-: Rápido, tanto como corran los caballos.

Tomás tenía ganas de salir corriendo tras él. -Ágata -gritó-, no a Ágata -después, se dio cuenta de que los caballos eran más rápidos que él y, dándose la vuelta con prontitud, se apresuró a ir con el sastre. Aún pudo ver que el banquero arrojaba por la ventana del coche el túnel de la degradación.

Aunque Tomás se dio mucha prisa, bien pasó una hora o más antes de verse ajuareado a su satisfacción. Dominado por la idea de continuar el viaje tan pronto como fuera posible, había escogido el primer buen traje y preguntó el precio, examinándose distraídamente en el espejo. El acomedido sastre se inclinó, al

parecer en busca del precio, aunque acababa de arrancarlo con su propia mano. Ese hombre era uno de sus mejores clientes, precisamente porque prefería tener una cuenta. Tenía que evitarse que se acostumbrara a pagar al contado, pues detrás de ello estaba el hecho de que el precio era menor así. Luego de afanarse un buen rato en vano, se levantó el artista de la ropa y lanzó con ímpetu atrevido el metro del brazo derecho al izquierdo y gritó: -Haase averigüe qué cuesta el traje número 52. Un momentito, señor Müller.

Tomás dio un respingo al oír ese nombre y abrió la boca para anunciar la muerte del señor Müller. Pero el sastre salió corriendo para buscar el precio, como él decía, mas en verdad iba a advertir a su ayudante que no debería encontrar el precio del número 52. Regresó encogiendo los hombros y dijo que lamentablemente no podía darle la suma de inmediato, pero que él se permitiría poner esas pequeñeces en la cuenta.

Tomás se dio la vuelta para irse. -Pues bien, si está seguro de mí.

El sastre colocó su mano de cortos dedos sobre la zona del corazón, que estaba tapizada con un cojincillo de alfileres; se veía como si en prueba de su noble confianza se fuera a picar algunos dedos, agachó la cabeza sobre el hombro izquierdo y canturreó: -Al señor Müller le gusta bromear, un cliente de tantos años.

-Mundete, Tomás Mundete, si me hace el favor, no Müller -brincó Tomás-. Deseo que no se sepa de mi presencia aquí, tengo buenas razones para viajar bajo un nombre falso -titubeó un momento-, sí, y si mi hermana, la señora Willen, preguntara por mí, yo preferiría que usted no me hubiera visto.

El sastre paró oreja. El maltrecho estado en que se presentó el fino señor Müller había despertado su curiosidad; ahora, creía haber dado con la solución. El señor andaba de aventura galante. Intentó apaciguar a su hombre con una ligera sonrisita de entendimiento, mientras contaba, en sus pensamientos, cómo le haría para esquilarse de lo mejor a este borrego.

-Entiendo perfecta, perfectamente, señor Mundete. ¿No es cierto, Mundete? ¿Me permite a mí, un viejo rutinario, una observación? Cuando uno quiere tener un placer con las damas...

Tomás lo miró con aire sorprendido.

-Por favor, mil perdones -se apresuró a corregirse-. Yo creía, como su señora hermana no debe enterarse para nada del asunto, que el señor Mundete iba de conquista con el bello sexo y, por eso, este traje resulta con muy poco power¹. El bello sexo, en tales ocasiones, gusta de ver un vestido nupcial.

De dos zancadas Tomás estuvo en el centro de la tienda y aventó la recién comprada chaqueta. -Un traje nupcial, naturalmente. Fortuna es una mujer, ante la cual no debe uno presentarse como un pordiosero. Se tiene uno que aparecer como un rey y vencedor, entonces ella se arrojará a nuestros pies.

Mientras iba probándose cada vez nuevos tesoros de la tienda, y el atareado sastre iba desapareciendo trajes, chalecos y sombreros en el fondo de un baúl, que sacaron con gran rapidez, la plática iba y venía.

-He perdido el tiempo, mi querido amigo, he soñado mi vida y, ahora, estoy enmohecido y agriado. Casi estoy tan viejo como para no poder lograr nada.

-¡Oh, oh, tan viejo, un caballero tan arrogante! Haase, pronto otra levita, de talla grande. Ésta es precisamente la mera edad. Ya no se revolotea de la una a la otra, se escoge cuidadosamente y se aferra uno a un amor.

-Yo quiero aferrarme allí hasta mi muerte. Las olas de la alegría y el placer me elevarán, me traerán la perfección y la belleza, en ellas quiero darme un baño de salud.

-Correcto, un baño, eso es necesario, señor Müller, pardon², señor Mundete. En la estación tendrá usted oportunidad de dárselo. Y la amada tiene que estar saludable. Relaciones enfermas no, de otra manera arrastra uno su fardo para siempre. Aquí hay que volver a planchar el frac. La salud y el amor van juntos. Así, ahora véase a su complacencia en el espejo. Como si quisiera conquistar el mundo.

-El mundo, el mundo. Siento la forma en que me anhela y cómo yo lo apetezco. No, la edad no me presiona. Desde que se me quitaron de encima los andrajos, me inflama una nueva fuerza y su ropaje...

-Y ahora el sombrero de copa. El hábito hace al monje.

Tomás agarró al sastre por las solapas y lo zarandeó. -Él lo sabe, conoce la profunda sabiduría del contagio, este hombre, y lo dice como si fuera algo de todos los días. Sí, así es. En sí no somos nada. No

1.- En inglés en el original.

2.- En francés en el original

obramos por nuestro propio poder. Lo que nos rodea, lo que actúa sobre nosotros, eso es lo que nos permite obrar. Cuando amamos, no somos nosotros los que amamos, sino el vino que tomamos es el que ama; nosotros no odiamos, sino es el pesado budín, que reposa en nuestro estómago, el que odia. Si somos ricos de espíritu, ingeniosos, se debe a que nos gusta nuestra ropa, o porque un tono simpático alcanzó nuestro oído e hizo estallar la prisión de nuestro entendimiento, porque un rayo de luz maravillosa llega a nuestros ojos. Por sí mismo el ser humano no hace nada. Todo depende de las relaciones en que vivimos. El hombre tiene que elegirlos tan bien como pueda. Es cierto, el hábito hace al monje, la ropa resume simbólicamente la vida, la habitación, los alimentos, el ámbito, los libros. Rodéate de alegría y estarás alegre, rodéate de perfección y serás perfecto.

En ese momento, llegó por allí el coche que llevaría al exaltado con todos sus tesoros a la estación, y Tomás salió pasando orgulloso frente al muy servicial sastre. En la estación siguió el consejo del sastre y ya que estuvo, finalmente, recién bañado y vestido, se sentó en el tren y se dijo a sí mismo: -Lo ves, Tomás, tú escéptico maligno, esta vez yo tuve la razón. El hábito hace al monje. Ahora soy una persona realmente. Y en todo caso, si se está en busca de la alegría, del placer, debe uno estar vestido decentemente.

Desde que se le apareció Ágata en el camino de los sufrimientos como ángel escarmentador, cada monólogo del buscador de la verdad terminaba con el pensamiento en la alegría. Ya sabía dónde la encontraría. El primo Lachmann era un entendido en eso. Con él encontraría la alegría y la perfección.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck